

AMENAZAS REALES Y TEMORES IMAGINARIOS

Los medios de comunicación y la construcción social del miedo

Roberto Briceño-León

Laboratorio de Ciencias Sociales, FLACSO
Caracas, Venezuela

La violencia en las ciudades de América Latina es real, pero también es imaginaria. Se funda en amenazas reales, pero se construye sobre las fantasías que transmiten los actores sociales y que interpretan y reinterpretan los ciudadanos confundiendo, amalgamando lo que escucharon o vieron, con la levadura que agregan sus más íntimos temores.

La violencia es el producto de una interacción entre actores que expresan destempladamente sus rabias y odios o que lanzan mensajes funcionales para alcanzar metas racionales. Pero, en todos los casos, es comunicación. Y como comunicación está sujeta a cambios en el mensaje, a resemantizaciones, a la imposición de nuevos significados a los antiguos significantes, a las lecturas equivocadas de los signos, a consecuencias no intencionales e impredecibles, como cualquier lenguaje, pero con consecuencias más graves y letales que en otras formas de comunicación.

Ese proceso crea un efecto donde la comunicación (no solo los medios de comunicación) hacen que se homogeneicen los miedos: que las agresiones sean locales, pero los miedos globales; los riesgos disímiles, pero los temores idénticos.

La violencia es real

Se calcula que para el año 2000 murieron más de 140 mil personas en América Latina como producto de la violencia (WHO, 1999, 2000). Son homicidios resultado de violencia cotidiana, no se trata de muertes ocurridas en las guerras declaradas, sino en las otras guerras silenciosas que se libran sin aviso en las calles de las ciudades, entre los jóvenes de las zonas pobres, en los medios de transporte público.

Después de los años 80 la tasa de homicidios de AL creció de una manera notable, en todos los países se incrementaron las víctimas, tanto en los que tenían ya una tradición de violencia como Colombia y El Salvador, como en aquellos que mostraban unas tasas bajas como Argentina y Uruguay. A nivel mundial la tasa de homicidios paso de 5,4 por cada 100 mil habitantes en el periodo 1979-1975 a 8,8 por cada 100 mil/h en el quinquenio 1990-94. En Venezuela, la tasa de homicidios saltó de 8 a comienzos de los años ochenta a 25 a mitad de los noventa (Pérez Perdomo, 2003). En México de 10,2 por cada 100 mil/h a 19,6 en 1995 (Fundación Mexicana de la Salud, 1999). En Colombia cambio de oscilar alrededor de los 20 y 40 homicidios en los setenta para ubicarse alrededor en los años noventa entre los 70 y 90 homicidios por cada 100 mil/h (Rubio, 1999)

No hay duda que el incremento de la violencia es una situación real en la región y que los temores que puede generar entre la población tienen un origen fundado. Pero el miedo que se enseñoorea en las ciudades no tiene su fundamento solo en un análisis racional del riesgo.

También es imaginaria

Los sucesos de violencia tienen un impacto social que va mucho más allá de los daños a las víctimas reales. La violencia produce una victimización vicaria en la sociedad. La sociedad se siente víctima en su conjunto por la noticia de una muerte de un ciudadano pues le duele su pérdida, pero se siente también amenazada. Vive en la muerte del otro lo que pudiera ser su propia muerte. A diferencia de muchas enfermedades fatales, donde los estudios muestran que muchas personas pueden pensar que esa dolencia les dará a otros, pero que a ellos nunca les va a ocurrir; la violencia crea una empatía notable en las personas y el temor se propaga con gran

facilidad, pues la fuerza que acecha no es un de virus raro, sino de otro ser humano con rostro enemigo.

La violencia real es reconstruida por el proceso de comunicación que la trasmite a otras personas, por lo tanto lo que cuentan las personas o informan los medios de comunicación, tiene un vínculo tan cercano como precario con lo real. La reconstrucción de lo real y su impacto, se relaciona con el modo cómo las personas producen y consumen la información, con su temores, con lo que ellos esperaban de la realidad y que pudo ocurrir o no. Un mismo hecho, un asesinato, tiene un impacto muy distinto en una sociedad acostumbrada a recibir este tipo de noticias o en otro donde ocurre eventualmente. La diferencia no está en el hecho, sino en la sociedad. En el primer caso ni siquiera sería “noticia”, en el sentido periodístico, en el segundo pudiera constituirse en el más importante titular de primera página durante varios días.

Las noticias construyen los sentimientos y opiniones de una sociedad, pero la sociedad también modula las noticias. Ahora bien, lo que sucede con las informaciones es que en un mundo cada vez más globalizado, más compartido e hiperinformado, las noticias se difunden más allá de las sociedades, ciudades o zonas donde ocurren, y por lo tanto tienen un impacto que se corresponde a lecturas distintas –más o menos graves- de las que pueden darse en su zona de origen.

Por eso países o ciudades con condiciones reales de violencia muy distintos, pueden tener un sentimiento de inseguridad muy similar. Un estudio de los años ochenta en Venezuela mostró que las personas de una ciudad bastante segura como Mérida, mostraba una sensación de inseguridad que se expresaba en porcentajes similares a los encontrados en una ciudad, en este caso sí muy violenta, como Caracas. Algo similar se encontró entre Seattle, en el noroeste de EEUU, y Vancouver al oeste del Canadá. En ambos casos las ciudades compartían los medios de comunicación y las informaciones y se creaba una ilusión de realidad similar, a pesar de tener condiciones de riesgo y violencia muy distintas.

Igual sucede entre los grupos sociales y entre los sexos. En una ciudad como Caracas o como Río de Janeiro la gran mayoría de los homicidios ocurre en las zonas pobres que llamamos “barrios de ranchos” en Venezuela y “*morros das favelas*” en Brasil. Sin embargo, las clases medias se sienten tan amenazadas como los sectores pobres, y algunas veces más

todavía, porque la amenaza es difusa y existe un proceso de homogenización de la misma. En el imaginario los homicidios ocurren en toda la ciudad, no en esta o aquella parte de la ciudad y por lo tanto cualquiera puede ser una potencial víctima.

Algo similar sucede con las diferencias de género: los hombres y las mujeres sienten el miedo por igual, y en algunos casos las mujeres llegan a sentir mucho más temor que los hombres. Sin embargo la victimización real es totalmente distinta, según datos de la OMS podemos calcular que la tasa de homicidios masculina en Chile y Costa Rica es 6,7 veces, en Ecuador es 11,2 veces, y en Colombia y El Salvador 13 veces superior a la femenina. Esto quiere que un hombre tiene una probabilidad de de ser víctima de un homicidio 6, 11 ó 13 mayor que las mujeres, pero el miedo es equivalente a uno.

La encuesta ACTIVA, que coordinó la OPS en 1996, mostró el temor existente en algunas ciudades de la región y en distintas partes de la ciudad. Como puede observarse en el Cuadro 2 hay diferencias importantes en el sentimiento de inseguridad en el hogar, la propia casa o apartamento, entre ciudades como Bahía, Brasil y Caracas, Venezuela, donde es alto, y ciudades como San José de Costa Rica o Santiago de Chile, donde es bajo el sentimiento de inseguridad y se corresponde con la tasa de criminalidad y violencia de esas ciudades. Sin embargo, se puede notar que la inseguridad percibida en los centros de las ciudades o en los medios de transporte colectivo son muy similares en las ciudades latinoamericanas e, inclusive, bastante alto en una capital tan segura como Madrid.

Cuadro 1
SENTIMIENTO DE INSEGURIDAD (ALGO Y MUY INSEGURO)
EN DISTINTAS ZONAS DE LA CIUDAD
(1996)

	Bahía, Brasil	Caracas, Venezuela	San José, Costa Rica	Santiago, Chile	Madrid, España
En la casa o apartamento	64,5	74,8	11,4	12,0	4,7
En las calles durante el día	---	74,6	29,0	18,3	12,1
En las calles durante la noche	---	83,9	51,0	41,6	47,7
En los medios de transporte	91,9	89,3	45,3	65,7	37,1
En el centro de la ciudad	---	91,1	81,3	71,3	47,2

Fuente: Construcción propia sobre la Encuesta Activa, OPS/ Laboratorio de Ciencias Sociales, LACSO.

La construcción social del miedo

El miedo se construye con los componentes reales e imaginarios, pero al final todo miedo es una construcción simbólica individual y social. Nuestro vínculo con lo real-objetivo nunca es solamente real, nuestro vínculo es siempre ideal, en el sentido que es una construcción cultural que hacemos y con la cual leemos y reconstruimos lo que nos llega de la realidad y esto puede llamarse representación (Weber,1960; Durkheim, 1972) o ideología (Althusser,1967) . Esa construcción es la representación social de la realidad que nos hacemos y con la cual leemos lo real (Moscovici, 1983; Jodelett, 1992) La representación de miedo es social por un lado porque es colectiva, es decir, surge entre los individuos y tiene al final como destino los propios individuos, pero no se corresponde con uno o con otro, sino que es común a una sociedad o a un grupo social determinado (clase, etnia). Y, de manera más relevante, es social porque es producto de la interacción de distintos actores, es decir no la crea ni la vive un solo actor, sino una multiplicidad de actores que en sus intercambios de informaciones preñadas de prejuicios y deformaciones, crean un resultado, una noción, que guía el comportamiento de los individuos.

En este proceso de construcción de nuestra representación social del miedo intervienen varios procesos y actores. Unos corresponden a lo real vivido por el sujeto y otro a lo real simbolizado por otros actores. Veamos estos procesos:

La victimización

La manera más inmediata de la construcción del miedo es el haber sido víctima de un amenaza creíble o un acto de violencia propiamente dicho. En este caso el temor se funda en la experiencia singular de la persona y puede producir daños psicológicos importantes. Las situaciones post-traumáticas generan unas conductas de pánico e inhibición muy grandes que entran en el campo de lo estrictamente individual. Por victimización entendemos tanto la agresión directa, que sufre la persona en su propio cuerpo, como la indirecta, la que ocurre cuando el individuo es testigo presencial de un hecho violento sobre otra persona. En ambos casos la experiencia es directa y produce unos daños específicos que se traducen en la construcción individual del miedo en cualquiera de sus formas e intensidades.

Pero a pesar de las dramáticas cifras que hemos citado sobre la violencia en América Latina, el número de personas que es víctima directa o indirecta es muy pequeña en relación al conjunto de la sociedad. La mayoría de las personas vivimos la violencia como un relato contado por otras personas.

La victimización vicaria

Con este nombre incluimos aquella violencia que no sufrimos directamente ni observamos presencialmente, pero que nos hace igualmente víctimas porque la han padecido personas cercanas o lejanas, pero que nos producen un efecto de empatía en nosotros y nos hacen compartir el dolor y la rabia que sabemos o suponemos en el otro.

Ese evento que ha padecido el otro nos llega como un relato que es producido por diversos tipos de actores sociales y que tienen unos medios distintos para hacernos llegar la información. Diría que hay tres tipos privilegiados de recibir las historias:

El relato personal. Se trata de la versión que hace del suceso los involucrados directamente, los victimizados. Ellos o ellas cuentan lo que sufrieron y categorizar los hechos, las personas involucradas, las circunstancias de lugar y hora y los motivos. En este caso lo real pasa por la simbolización que hacen los actores directos y la manera como ellos se autorepresentan a sí mismos y a los demás en la historia. El conocimiento de los sucesos reales es de la mejor fuente, pero su reconstrucción tiene los sesgos de la representación que de sí mismo y del agresor, sus motivos, sentimientos, clasificación social, que hacen las víctimas.

El rumor. La segunda forma que se difunden los relatos es a partir de la versión que hace el segundo actor, aquel que ha escuchado el relato directamente de las víctimas, y cuenta lo que a él o ella le contaron. Es decir, hay una nueva versión del suceso que reconstruye el segundo actor, y que luego modifica un tercer actor y así sucesivamente. Esto tiene un proceso en el cual como han destacado los estudiosos de la comunicación ocurre una pérdida de información, pero lo que nos interesa destacar desde la sociología del rumor (Morin, 1977) no es tanto el desgaste y pérdida de información que allí ocurre, como los contenidos que se ganan en ese proceso, pues es allí donde se construye socialmente el miedo. Lo que va quedando al final de los relatos es una representación social de la violencia que combina los hechos reales

con las interpretaciones y simbolizaciones que hacen los actores de esos hechos y sobre las cuales se va a fundar el miedo.

La noticia pública. Un tercer mecanismo de construir el relato de la violencia viene dado por la noticia que difunden los medios de comunicación social, la prensa escrita, la radio o la televisión. Lo que hacen los periodistas es tomar los relatos de tres actores, los dos antes citados: las víctimas y los familiares o amigos a quienes las víctimas les pueden haber contado, y de los funcionarios de los organismos policiales quienes tienen además de las versiones de los dos actores anteriores su propia observación del lugar y de informaciones provenientes de otras fuentes. Estas informaciones son procesadas por los medios, es decir por los periodistas y por los jefes de información, y se les asignan una importancia y un tratamiento singular de acuerdo a sus criterios profesionales, pero también en consonancia con sus propias representaciones sociales como miembros de esa sociedad. Estudios muestran como el tratamiento de la noticia viene pautado por la condición social de la víctima siendo la clase social un factor diferenciador de la importancia asignada a la noticia y de los adjetivos utilizados en su presentación al público (Cisneros y Zubillaga, 2002)

Lo que para finalizar quisiéramos resaltar es que el impacto de los medios de comunicación es una versión más de la victimización vicaria, solo que el relato personal se puede ofrecer a decenas de personas, el rumor a centenas y las noticias pueden llegar a miles o millones. Pero la capacidad de difusión de la noticia no la hace que tenga un proceso muy distinto al relato o al rumor, pues en todos los casos lo que ocurre es un proceso de resignificación, es decir, se toma un determinado significante y se le agregan nuevos significados que pueden sustituir o sobreponerse a los significados anteriores, en el sentido que utiliza Barthes (1967) para explicar la creación de los mitos: un muerto pasa a ser algo distinto cuando se trata de una “víctima de un extranjero ilegal”. Y en ese proceso de resignificación continua que hacemos de la violencia se van creando las representaciones de los grupos sociales peligrosos y de lugares y horas riesgosas sobre las cuales se orienta el miedo.

El miedo social no se no se construye entonces sobre la violencia real, sino sobre las representaciones sociales que han hecho de la violencia las víctimas, los rumores y los medios de comunicación.

La poderosa presencia de la radio y TV

Los efectos de los medios de comunicación, en especial de la televisión, sobre el comportamiento de las personas y su impacto en la sociedad es muy variado y ha sido el objeto de innumerables polémicas. En nuestra opinión nos resulta muy difícil aceptar que los medios no afecten el comportamiento de las personas y sobre todo de los niños, creemos que sí ocurre. Lo que no queda claro es de qué manera sucede esto (imitación, modelaje), ni cuál es la dirección de ese efecto (promueve el comportamiento violento o lo exorciza al permitir su expresión simbólica), como tampoco cuál es la mejor respuesta ante esa situación para no hacer que el remedio resulte peor que la enfermedad.

La situación es muy compleja porque los contenidos violentos están presentes en una variedad muy grande de programas, a veces en los más inusitados como pudieran ser los inocentes dibujos animados: el astuto ratoncito Jerry o el cándido canario Piolín pueden infringirle a sus gatos agresores, Tom o Silvestre, una cantidad inmensa de brutales golpes y daños, muy superiores a los que ocurren en películas consideradas muy violentas. Pero los hermosos cuentos infantiles de Hans Christian Andersen (1967) no son menos crueles. Es decir, la historia de la violencia y los niños es muy variada y compleja.

La preocupación contemporánea radica en la fuerza notable que han adquirido los medios de comunicación y su inserción en la vida cotidiana de las personas y, en el caso del miedo en las ciudades, en el tratamiento que hacen de las informaciones sobre la situación de violencia que realmente ocurre en las urbes.

El incremento de aparatos de radio y televisión en la región ha sido muy grande y salvo el caso de Haití, en todos los países ha alcanzado una cifra bastante elevada. En Ecuador, por ejemplo, había en 1970 la cantidad de 25 receptores de televisión por cada mil habitantes, para 1997 se habían sextuplicado y llegaban a 130 por cada mil habitantes. En Perú sucedió algo similar pues pasaron de 30 receptores 126 por cada mil habitantes. En México se multiplicaron por siete y se incrementaron de 36 aparatos a 272. En Bolivia se multiplicaron por trece y ascendieron de 8,3 en 1970 hasta 116 en 1997. Una cifra importante por su crecimiento pero pequeña si se compara con los 215 ó 223 que para esa misma fecha tenían Chile (en 1970 tenía 53) o Brasil (con 64 en 1970) quienes apenas habían cuadruplicado su cantidad de televisores.

Argentina tenía una cifra muy alta de aparatos en 1970: 146 aparatos por mil habitantes, pero su crecimiento no fue tan grande como en los otros países y llegó a tener 223 receptores en 1997, lo cual es similar al de Chile, Uruguay, Brasil o México, quienes tenían cifras mucho más bajas veintisiete años antes (UNESCO,1999)

Cuadro 2

Tasa de Receptores de Radio y Televisión en América Latina

	Radios		Televisores	
	por 1000 Habitantes		por 1000 habitantes	
	1970	1997	1970	1997
Costa Rica	162	261	58	140
República Dominicana	147	178	23	95
El Salvador	2036	465	26	677
Guatemala	42	79	14	61
Haití	17	53	2.4	4.8
Honduras	96	410	8.5	95
México	111	329	36	272
Nicaragua	165	265	26	68
Argentina	376	681	146	223
Bolivia	427	675	8.3	116
Brasil	208	434	64	223
Chile	147	354	53	215
Colombia	98	524	36	115
Ecuador	285	348	25	130
Paraguay	94	182	19	101
Perú	132	273	30	126
Uruguay	356	603	100	239
Venezuela	354	472	89	180
Canadá	685	1067	333	710
USA	1380	2116	403	806

Fuente: Construcción propia sobre datos de UNESCO Institute of Statistics (1999)

Dos casos muy excepcionales se encuentran en la región: uno es Haití donde habían 2,4 aparatos por cada mil habitantes en 1970 y, a pesar que se había duplicado, la tasa en 1997 estaba en 4,8 receptores por cada mil habitantes, una cifra extremadamente baja. Y el otro caso es el contrario, se trata de El Salvador donde la cantidad de aparatos de televisión se multiplicó veinticinco veces y pasó de 26 receptores en 1970 a 677 por cada mil habitantes en 1997, para constituirse en el país con la mayor tasa de televisores de América Latina (UNESCO, 1999).

Este aumento tan importante en el número de televisores le da a este medio una relevancia muy grande en el proceso de construcción de las representaciones sociales acerca de la violencia y, quizá la más importante, es el proceso de homogeneización del miedo en el

conjunto de la sociedad. Como hemos visto antes los riesgos pueden ser diferenciales, pero los miedos tienden a ser iguales y gran parte de ese efecto es producto de la difusión de informaciones por parte de los medios de comunicación. Se dice que los medios deforman la realidad y crean un temor mayor del adecuado con su “amarillismo” periodístico. Sin analizar casos particulares uno puede pensar que ese efecto es verdad por este proceso de homogeneización del miedo y que ocurre aún con el mejor tratamiento periodístico posible.

En la encuesta ACTIVA decidimos incluir una pregunta que nos pudiera dar información acerca de cómo las personas percibían la magnitud de violencia mostrada en la televisión al compararla con aquella que ellos mismos podían encontrar en el lugar donde ellos vivían: si era mayor en la televisión que la de la realidad, igual o, por el contrario, menor que la que ellos pensaban que realmente existía. Los resultados mostraron que salvo en las dos ciudades brasileñas incorporadas al estudio, en las demás urbes la mayoría de los entrevistados pensaba que la violencia en los programas de televisión era exagerada y superior a la que existía en la realidad. Había, sin embargo, una cuarta parte que pensaba que era igual; y menos de una décima parte que creía que en la televisión era menos violenta que la realidad.

Cuadro 3
Comparación subjetiva entre la violencia mostrada en TV
y la existente en el entorno

	Bahía Brasil	Cali Colombia	Caracas Venezuela	Río de Janeiro Brasil	San José Costa Rica	San Salvador El Salvador	Santiago Chile	Madrid España
Más violencia en la TV	39.8	56.1	65.8	47.7	72.3	58.3	63.9	67.0
Igual violencia	30.9	31.2	25.5	32.2	20.8	31.5	25.0	24.9
Menos Violencia en la TV	29.3	12.7	8.7	20.1	6.9	10.3	11.1	8.1

Fuente: Construcción propia sobre datos de Proyecto Activa, OPS, Laboratorio de Ciencias Sociales, LACSO (1997)

Las consecuencias reales del miedo

Pero con independencia de sus orígenes fundados o fantaseados, el miedo tiene consecuencias reales. En sociología sabemos que algo puede no ser verdad, pero si las personas que viven esa situación creen que es verdad, será una verdad en sus consecuencias (Thomas, 1973). Es decir, las personas emprenderán o desistirán en sus empeños como si lo que creen fuese verdad. Por lo tanto la autenticidad de sus orígenes verdaderos pierde relevancia ante la creencia subjetiva de su verosimilitud. Esto es lo que ocurre con el miedo a la violencia. Las

personas actúan guiadas por el temor construido sobre los relatos urbanos por los amigos, vecinos o los medios de comunicación.

Tres procesos ocurren como consecuencias reales del miedo: la estigmatización de grupos sociales y personas, la conducta inhibitoria y el apoyo a respuestas violentas ante la violencia.

Estigmatización de grupos sociales y de lugares urbanos. El miedo produce una amenazas que requieren ser identificadas de manera simple y colectiva. La casuística es muy difícil de ser procesada por los relatos y las personas, el asesino no es Fulano de Tal, sino un desempleado, un extranjero, un negro, un indio, un tuerto. Se trata de un proceso de etiquetamiento colectivo que puede expresarse en un rol, en un grupo social, en una nacionalidad o en una característica física. Lo mismo ocurre con los espacios, no fue en la calle tal, sino en una zona que puede asociarse con determinado grupo social o si una calle se repite en la noticia se le buscará un calificativo y se estigmatizará, la calle 42 de Nueva York fue por años un símbolo de ese miedo expresado en advertencia: no se debe caminar por allí y menos de noche.

Inhibición y perdida de la ciudad. La estigmatización de los lugares urbanos produce una conducta inhibitoria en los individuos: se deja de salir o visitar determinados lugares o a determinadas horas. Este proceso de inhibición, que es un mecanismo de autoprotección de las personas, conduce a una perdida de la ciudad. Los individuos proceden a retroceder en su movilidad y se producen efectos de encerramientos en sus propias zonas y de creación de guetos urbanos. La ciudad se segmenta y se segrega por el miedo.

La magnitud de la inhibición puede variar de un lugar a otro y depende de las percepciones subjetivas del peligro que tengan los ciudadanos. La inhibición es una variable dependiente tanto del riesgo como de la aspiración de seguridad de los individuos. Hay ciudades en Europa que a uno como latinoamericano pueden resultarse muy seguras, pero donde se produce una conducta restrictiva en las personas, porque evalúan de una manera distinta la eventualidad de un suceso violento o delictivo y por lo tanto trabajan con una ambición de seguridad mucho mayor. En la encuesta Activa preguntamos por la conducta de inhibición y se encontró que había un porcentaje importante de personas que había limitado sus

salidas de compras o de diversión en todas las ciudades, pero la diferencia fundamental venía dada por la variación de los porcentajes entre quienes habían reducido sus actividades poco y quienes lo habían hecho mucho (Cuadro 4). Esto puede ser consecuencia del lugar específico de la ciudad donde viven los distintos entrevistados y de los lugares donde van de diversión o compras, pero es también un efecto diferenciador de la percepción que se tiene del riesgo en el conjunto de la sociedad.

Cuadro 4
Conducta de Inhibición como Respuesta a la Violencia

Por miedo a la violencia usted ha...		Cali	Caracas	Riód de Janeiro	San José Costa Rica	Santiago de Chile	Madrid
limitado donde va de compras	Poco	0.4	0.2	19.3	30.0	33.7	11.6
	Mucho	40.7	62.3	11.5	33.3	11.3	1.9
restringido las salidas de recreación	Poco	0.4	0.5	23.6	28.2	24.5	12.8
	Mucho	43.5	72.2	24.0	26.9	8.6	2.0

Fuente: Construcción propia sobre datos de Proyecto Activa, OPS , Laboratorio de Ciencias Sociales, LACSO (1997)

Apoyo a comportamientos más violentos. Pero el aspecto mas peligroso del miedo a la violencia son las respuestas que tienden a darse por parte de la población y que pueden conducir a incrementar las situaciones de mayor violencia en lugar de reducirlas. Dos respuestas nos parece importante destacar.

En primer lugar nos parece que el temor a ser víctima lleva a las personas a desear tener una arma de fuego para su defensa personal, para evitar un robo o que le hagan daño a ellos o a sus familiares. La necesidad de defenderse y el derecho legítimo a hacerlo, es uno de los principales argumentos para procurar un arma y apoyar las solicitudes de una mayor permisividad o laxitud en las autorizaciones de sus portes. No hay consenso sobre real papel defensivo que puede representar un revolver o una pistola en manos de personas por lo regular no bien entrenadas ni preparadas psicológicamente para usarlas. Lo que sí nos parece es que la difusión de armas de fuego entre la población empuja el uso de más y más potentes armas por parte de los delincuentes.

En segundo lugar está el apoyo a la acción extrajudicial de la policía. El miedo conduce a las personas a exigir un comportamiento más agresivo hacía los delincuentes por parte de la policía. Esta demanda puede darse en el contexto de los procedimientos legales y normativos vigentes en esas instituciones y de respeto a los derechos humanos, lo cual es no sólo

perfectamente legítimo, sino encomiable que lo haga la población. Pero sucede también que, azuzada por el miedo, la población considera que la policía es muy débil o que los procedimientos judiciales son un estorbo y que por lo tanto la policía debe hacer algo más que lo legalmente establecido para frenar el crimen y la violencia. La acción extrajudicial de la policía, muchas violatoria abiertamente de los derechos humanos, es percibida por una parte de la población como algo apropiado y cuenta con un porcentaje importante de apoyo. Muy emblemático es el caso del policía de Sao Paulo que fue filmado por las cámaras, actuando con una violencia ilegal contra un delincuente, y la cadena de televisión *O Globo* hizo una encuesta y encontró, para sorpresa de todos, una alta aprobación a su comportamiento por parte de la ciudadanía. La creencia común de la población es que si se endurece la acción policial y hay “mano dura”, incluso hasta la ilegalidad, disminuirá la violencia y el delito; las experiencias históricas muestran que las acciones extrajudiciales de la policía sólo conducen a mayor violencia.

El rol difícil de los medios de comunicación

No es sencillo ni fácil normar sobre el rol que deben cumplir los medios de comunicación en situaciones de violencia. Quizá puede lograrse un consenso más fácil sobre el uso de contenidos violentos en la programación infantil. Pero, ¿qué puede hacerse con las noticias violentas? Los sucesos violentos existen y deben ser reportados a la población. Quizá uno pudiera tender a aceptar un mejor tratamiento: pero, qué significa eso cuando los sucesos son realmente violentos: ¿no informarlos completamente, ocultar algo?

No me parece posible eximir a los medios de comunicación de alguna responsabilidad en el incremento del miedo y de algunas respuestas y comportamientos violentos. Pero tampoco me parece que tengan la culpa que muchas veces tiende a atribuírseles. La violencia en las ciudades de América Latina tiene su origen en una multiplicidad de causas y no son el invento, ni la creación de los medios de comunicación.

Quizás hay unos efectos muy singulares que pueden controlar los propios medios de comunicación y que no tienen que ver con la presentación de la violencia sino con el manejo que hacen de sus actores. Un aspecto que nos parece muy importante de evitar es lo que pudiéramos llamar “las páginas sociales del crimen”, son los reportajes y fotos de los violentos

que publican los medios de comunicación y que les dan un protagonismo y un reconocimiento entre sus pares, que cumple un papel mucho más negativo que una película de ficción muy violenta. Ese reconocimiento les da una publicidad y figuración social que produce admiración en otros jóvenes quienes pueden intentar buscar en el crimen un sentido a su propia vida.

Sin embargo el problema no son los medios, sino la sociedad. En una sociedad de bajísimos niveles de homicidios como Inglaterra, los medios de comunicación se regodean en la presentación y recreación de los pocos crímenes que se someten. Pero eso ni aumenta ni disminuye los homicidios, lo que tiene una eficiencia importante es, por ejemplo, la estricta prohibición de portes de armas de fuego, que ha sido eficiente hasta ahora, pero que se considera insuficiente y se esta intentando controlar también las pistolas de aire y las réplicas de armas antiguas, pues éstas han sido utilizadas en algunos asesinatos.

Si con sus emisiones los medios pueden deformar la realidad, el control de los medios para impedir las informaciones puede tener un efecto deformador mucho mayor y crear una falsa ilusión de armonía y paz interna, como la que presentaba la televisión española en tiempos de Franco o la televisión cubana hasta hoy en día. Se deforma tanto cuando se dice como cuando se calla.

Conclusión

Los medios de comunicación son un factor fundamental en el proceso de expansión del miedo en las ciudades, pero ese temor no se crea sobre la realidad de la violencia misma, sino sobre las representaciones sociales que nos hacemos de la violencia. Los medios de comunicación son unos actores privilegiados, pero unos más en el proceso de construcción de esas representaciones sociales, allí intervienen también las víctimas, las familias y amigos, y los amigos de los amigos que le contaron... en fin, todos los ciudadanos que se informan y opinan sobre el tema.

Los mecanismos de transformación de los contenidos, los procesos de re-significación que ocurren con las informaciones violentas, forman parte de la constitución misma de la acción comunicacional que ocurre siempre en las sociedades, forman parte esencial de la vida social y no es posible pretender cercenarlos sin producir daños graves a la libertad de las

personas. No hay sociedad donde se viva sólo de la verdad o de la ciencia, se vive de los cuentos y las fantasías, de las religiones y los mitos, de los encantamientos que sobre lo real produce la mente y la cultura de los individuos. Nuestro vínculo con lo real está siempre cargado de nuestras marcas individuales y sociales, esas que, como decía Lacan, llevamos escritas en nuestras espaldas y que por lo tanto no podemos leer. Nunca nos aproximamos a la real como una tabula rasa, ni tampoco podemos reproducirlo en el lenguaje –palabras, imágenes- sin nuestra cultura, sin nuestra división social y nuestros prejuicios.

La amenaza de violencia real es apenas una distante circunstancia para la mayoría de los miembros de la sociedad, pues nadie sabe cuándo ni dónde podrá ser víctima, pero esa lejanía se convierte en poderoso miedo por los relatos, los rumores y las noticias. El esfuerzo científico y político por reducir la violencia pasa por generar transformaciones objetivas en la realidad, pero también por hacer sostenidos y repetidos esfuerzos para devolver lo real a su justo lugar y encerrar en la razón precaria los fantasmas que siempre se nos escapan.

Caracas, marzo 2005